

EL INFIERNO UBICADO EN LA CALLE MIGUELETE

Tratados como cosas, hacinados en un recinto que resulta de un espacio cénico, 1.200 reclusos confinados en el establecimiento carcelario de la calle Miguelete, vegetan en una existencia sórdida y por momentos feroz. Parece difícil concebir un ambiente menos propicio para la recuperación que aquel donde un deficiente estado sanitario promueve la existencia permanente de un importante brote de sífilis, donde las ratas conviven con la gente y le disputan el alimento y donde, además, la circulación de alucígenos promueve situaciones difíciles de imaginar.

Los calabozos tenían en principio un solo destinatario pero el aumento de la población carcelaria no ha encontrado en las autoridades la disposición de resolver el problema. "En realidad yo me encontraba relativamente bien, recuerda un ex recluso, porque mi celda había estado ocupada anteriormente por un tipo de mucha plata, y la había hecho revestir de azulejos". Pero la realidad quemante dice que la mayoría se encuentran en estado lamentable, con el reboque caído y la humedad en todas partes.

En un espacio de dos metros por cuatro se ubican de cuatro a cinco personas que deben desarrollar su vida. Ese espacio es dormitorio, comedor y baño simultáneamente. Y los water no tienen tapa y las cisternas no funcionan. El agua que proviene de los tanques con que cuenta el edificio, solo es posible utilizarla por escasos momentos en el curso del día.

Las condiciones higiénicas resultantes de este estado de cosas resultan desastrosas y sin embargo no se recuerda la realización de una desinfección de las celdas, ni de los colchones, ni de la ropa de cama. No existe nunca la proliferación de chinches invencibles, que resisten cualquier insecticida.

En el patio la situación no mejora, pues como resultado de la rotura de los caños, las aguas servidas se desbordan por donde los reclusos efectúan su paseo.

HAY 300 SIFILITICOS

"Los remedios se los tenemos que llevar nosotros", afirma un familiar preocupado, porque en la enfermería no tienen nada.

Solo algún analgésico de vez en cuando. Y sin embargo existen cerca de 200 sífilíticos crónicos y alrededor de 300 contagiados. Para ellos no se ha creado ninguna barrera sanitaria y conviven con los presos comunes.

Si alguien se siente enfermo, es tratado en primera instancia por el médico (uno solo para todo) asistido por un enfermero, que concurren una o dos veces por semana.

De requerirse internación, el enfermo

debe anotarse y en ocasiones deben esperar meses para su traslado al Hospital Penitenciario de Punta Carretas.

100 KILOS DE CARNE

Al establecimiento se envían diariamente 600 kilos de carne, pero solo llegan 300. La cosa sin embargo no termina ahí, pues solo se utilizan 100, afirmándose que los 200 kilos restantes son llevados a su casa por algunos funcionarios, otros convertidos en improvisados carniceros acercan el producto a los penados a precios que escapan, obviamente, a los fijados por COPRIN.

La alimentación que se brinda consiste en una taza de leche con agua, rancho (un sancocho de agua con fideos, algunas papas y carne picada) incomible, y una vez por semana la famosa "tumba" que es un pedazo de carne hervida.

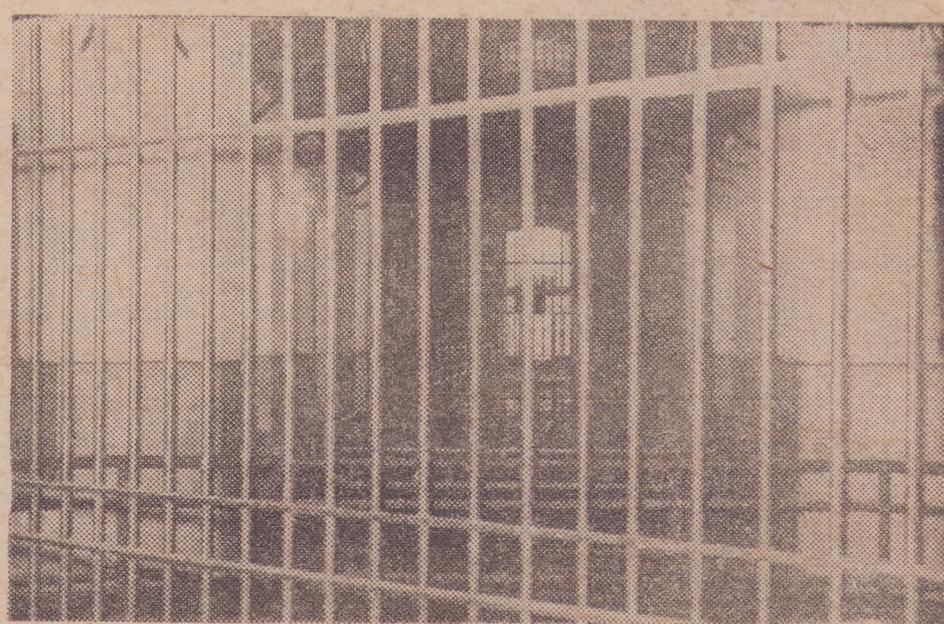
Sin embargo, de acuerdo a lo que hemos podido determinar, llegan a Miguelete 36 docenas de huevos cada dos días y, además, aceite, azúcar, café y yerba, a pesar de lo cual ninguno de estos productos es brindado a los reclusos. La causa de la desaparición de todo esto podría rastrearse en la actividad del encargado (ecónomo), Sandin, que visiblemente cuenta con la complacencia del Intendente Badin.

Debe señalarse, por otra parte, que cuando se han planteado al Director Sebastián Sacaroni, o al mismo intendente, lo irregular de la situación, éstos señalan que ya han elevado informes a las autoridades correspondientes y en algunos casos han amenazado con enviar al calabozo a quienes efectúan las denuncias.

LOS MERCADERES

Pero la irregular actuación de los jerarcas alcanza a esferas más detonantes aun. Es conocido por todos el consumo habitual de algunos reclusos de pastillas Mandrax, que provocan una "borrachera" "artificial" pero que constituye muchas veces un escapismo a aquel infierno cotidiano. Colaboran en esta situación los funcionarios José García, Floricio de los Santos y Casella que venden el Mandrax a 300 pesos la docena. Sin embargo en una muestra de ensañamiento feroz, ellos mismos señalan muchas veces a los consumidores, que al ser castigados deben pagar la coima correspondiente —que generalmente alcanza a mil pesos— para ser devueltos a la vida normal de la prisión.

La corrupción ha creado situaciones irregulares al extremo: por ejemplo ha llamado la atención la reintegración del funcionario Zitale aprobada por el Intendente. Se recordaba entonces que dicho guardián fue separado tiempo atrás de su cargo por cinco meses al comprobarse su particular afición a la venta de Mandrax.



Las sólidas rejas de Miguelete, cubriendo con adustez una situación en la que todo es posible: las enfermedades venéreas, la mugre acumulada y hasta el robo permanente de los alimentos que están destinados a los cientos de reclusos.